

Studien zur
romanischen Sprachwissenschaft
und interkulturellen Kommunikation

HERAUSGEGEBEN VON GERD WOTJAK

María Jesús Fernández Gil

Traducir el horror

La intersección de la ética, la ideología
y el poder en la memoria del Holocausto

Band 87



PETER LANG
EDITION

1. A modo de introducción

All writing, all composition, is construction. We do not imitate the world, we construct versions of it. There is no mimesis, only *poesis*. No recording. Only construction.¹
—Robert Scholes (1975: 7), *Structural Fabulation*

La reescritura recoge hilos sueltos del texto generador y organiza un nuevo tejido, en el que se advierten, por contraste, las hebras anteriores y las actuales.
—Óscar Tacca (2001: 1305), «Cervantes, don Quijote y el sueño en Borges»

Es considerable el número de prácticas que se dan cita bajo el paraguas de la idea de (re)escritura, concepto que guiará el trabajo que aquí comienza. André Lefevere introdujo el término en *Translation, Rewriting, and the Manipulation of Literary Fame* (1992) para referirse a un cuerpo extenso de textos que van desde la compilación de historias de la literatura y las obras de crítica literaria hasta las reseñas, las bibliografías y las antologías, pasando, cómo no, por las traducciones o las adaptaciones fílmicas, entre otras. Si bien, señala Pedro Javier Pardo García (2010: 97), la idea de (re)escritura no es una invención de la posmodernidad, sí que es cierto que es en los márgenes de ésta, y en concreto en uno de los fenómenos que la caracterizan, el post-estructuralismo, donde se inscribe materialmente y encuentra significado. El presupuesto de que con cada escritura hacemos una (re)escritura, una idea que se ha llevado hasta el extremo de asegurar que no hay Historia sino historia(s), encuentra su predecesor en autores como Roland Barthes (1968) o Robert Scholes (1975), con quien hemos abierto esta introducción. Hay que añadir, además, que la teoría bakhtiana de la lectura como (re)escritura, según la cual el lector pasa de ser consumidor a productor de textos, sentó las bases para la democratización de las narrativas, no porque éstas dejaran de estar sujetas a condicionantes como la ideología, el poder o la poética, sino porque ya no había lugar para los textos canónicos.

En ese interminable proceso lector se abría, pues, un espacio para las lecturas alternativas, subversivas, colaboracionistas, resistentes; en definitiva, para una visión mediada, siempre mediada, pero que pasaba a ser, y esto es crucial, plural. En este contexto, se empezó a asumir que la realidad no se puede

1 «Toda escritura, toda narración es construcción. No imitamos el mundo, sino que construimos versiones de él. No existe la mimesis, solo la poesis. No hay reproducción. Solo construcción» [mi traducción].

representar sino solo re-presentar. Y es que, con el lenguaje, los usuarios refieren su experiencia de la realidad, e insistimos en que es *su* realidad, y no *la* realidad porque aquel que nos presenten será uno (de entre muchos posibles) de los sentidos que ellos le confieren al mundo, lo que no hace más que ahondar en la idea de que el lenguaje no representa la realidad sino que impone una serie de valores heredados. De herencia nos habla África Vidal (2010: 21) cuando nos recuerda que las palabras arrastran consigo la Historia de su existencia, lo que ilustra con la siguiente cita de Francisco Meix Izquierdo:

Las palabras poseen un pasado que las configura a modo de cicatrices o adherencias, pero están abiertas a una resemantización permanente al integrarse en textos diversos que las transforman y revitalizan a la vez . . . el lenguaje no está hecho para *reflejar* el mundo sino para *construir* interpretaciones acerca de él. (cit. Vidal 2010: 26)

Hablar a estas alturas de que las narrativas que nos rodean están socialmente construidas parece una perogrullada, en especial si pensamos que ésa fue la idea central del hoy ya superado movimiento de la posmodernidad. No lo es tanto, sin embargo, cuando los postulados de este fenómeno artístico, cultural, literario y filosófico se consideran a la luz de las (re)escrituras que nos han llegado del Holocausto. De hecho, en los casos en los que el telón de fondo es la Historia con mayúsculas, existe una mayor reticencia a aceptar que hay un elemento constructivista en las representaciones del pasado, uno que echa por tierra la historiografía tal y como la entendió Herodoto; es decir, como transcripción fiel y exacta que restituye de forma factual y objetiva los acontecimientos del pasado. Ante la sinrazón de un mundo carente de espiritualidad e hipertrofiado por amenazas de dimensiones bárbaricas, hubo quien se resistió a perder la esperanza en la Razón y la Verdad, y recurrió a éstas para combatir el nihilismo dominante. Otros (Fackenheim 1994 y Wiesel 1978, entre otros), sin embargo, consideraron que los atropellos cometidos durante el siglo XX (exterminio, terrorismo, amenaza nuclear, tortura, etc.) supusieron una ruptura tal que ya no servían los modelos heredados de la Ilustración. Desbaratada la fe en la Verdad y la Razón, se empezó a reconocer que lo que los historiadores perciben hoy como hecho incontestable se basa, además de en su particular postura ideológica, en los materiales y métodos que estos tienen a su alcance, que no son los mismos que los del mañana. La verdad absoluta, considerada ahora una simplificación de la realidad, quedó, de esa manera, suplantada por una reelaboración del discurso histórico donde prevalece la idea de *faits divers*. Y es aquí donde radica la debilidad (o mejor dicho el peligro) del método con respecto a un acercamiento al Holocausto.

La existencia de posibilidades en plural parece querer velar que los hechos fueron lo que realmente fueron: «la persecución y asesinato sistemático, burocráticamente organizado y auspiciado por el Estado de aproximadamente seis millones de judíos por el régimen nazi y sus colaboradores» (United States Holocaust Memorial Museum *s. f. a: n. pág.*). Cifra a la que habría que añadir los otros cinco millones de víctimas, que murieron por razón de su condición sexual o racial (homosexuales y gitanos), su ideario político (disidentes políticos) o su incapacidad psicomotora y/o psíquica (personas con discapacidad). Sumados unos y otros datos se llega al escalofriante número de once millones de muertes, sobre el que existen importantes discrepancias. Sea como fuere y sin pretender quitarle peso a los cálculos, horrorizan las cifras, pero más lo que hay detrás de ellas: una serie de prácticas sádicas cuyo único objetivo era exterminar a todo un pueblo y matar a los integrantes de otros muchos grupos.

En realidad, no podemos sino felicitarnos de que existan varias representaciones del hecho histórico, ya que esto significa que la perspectiva desde la que nos adentramos en él es amplia e incluye la versión de los hechos ofrecida por las víctimas. Educados al amparo de valores democráticos, a veces asumimos como dados unos derechos que, durante siglos y todavía hoy, siguen sin estar al alcance de todos. Recordemos que los grupos dominantes han limitado en numerosas ocasiones el acceso de los dominados a la información, y, por otra parte, han sabido utilizar ésta a su antojo, de tal suerte que la imagen que se ha creado del pasado se corresponde con aquella que se ha querido (= ha interesado) proyectar. Éste es el motivo de que consideremos que es vital que se dé la oportunidad a todas las partes de contribuir con su particular retrato del pasado, que, siendo personal, responderá a la verdad de los hechos de quien lo configura y no a la Verdad de los mismos en abstracto; pero la Verdad, ya lo hemos dicho, no es una sino plural, de ahí que el objetivo sea sumar verdades. Y es que, de este modo, se completará un cuadro cuya configuración es necesaria para poder tener acceso a nuestra Historia más reciente y así mantener vivo su recuerdo.

Ésta es precisamente la idea que defendemos en el primer capítulo de este trabajo, que hemos titulado «(Re)escribir para recordar». Sirviéndonos del concepto de (re)escritura, consideraremos la manera en que, por medio de representar el pasado, éste deja de ser un ente inerte, adquiriendo presencia y convirtiéndose, en consecuencia, en un elemento de nuestro presente. El estudio de las (re)escrituras comprende el análisis de operaciones de representación diversas como la antologización de textos, la edición o la compilación de obras literarias, que aquí trataremos de forma tangencial para centrar el foco de atención en las traducciones. Nuestra mirada en esta primera sección se limitará

a considerar el papel que desempeñan las (re)escrituras a la hora de conformar un memorial con el que perpetuar el recuerdo de lo ocurrido y a la vez honrar a las víctimas. En ese sentido, consideramos que su función consiste en borrar la distancia entre pasado, presente y futuro; en definitiva, se trata de poner la base para construir los cimientos en los que se sustenta nuestro Ser.

En «(Re)escrituras en conflicto» el objeto de análisis lo constituyen las traducciones al español, al inglés, al francés y al neerlandés de algunos de los textos que conforman la literatura del Holocausto. Dado el amplio abanico de lenguas en las que se manifiestan las (re)escrituras de este suceso, hemos considerado que hubiera sido muy pobre analizar textos en una única lengua, de ahí la voluntad plurilingüe del trabajo. Hay que recordar que los prisioneros de los campos de concentración nazis llegaron de todas partes de Europa, lo que convirtió a este espacio de encarcelamiento en una nueva Babel. Se trataba, como lo describió Primo Levi (2005), de un universo dominado por la permanente confusión de lenguas; las órdenes se dictaban en alemán y eran recibidas por víctimas que, con excepción de los pocos que entendían este idioma, eran incapaces de dar significado al barullo de gritos e insultos proferidos por las SS. En un intento por ser fieles a esta realidad babélica y evitar caer así en simplificaciones, hemos querido subrayar el hecho de que el recuerdo del Holocausto no tiene lugar en una misma lengua como tampoco lo tiene dentro de los parámetros de una misma cultura.

De ahí que la literatura del Holocausto, con sus correspondientes (re)escrituras, constituya un punto de partida ideal para ver sobre el papel cómo se resuelven algunos de los dilemas que preocupan a la traductología. En el capítulo titulado «Entre la ética y la estética» hemos reflexionado acerca de las constricciones, a menudo conflictivas, a las que están sujetas las (re)escrituras que dan forma a eso que se ha dado en llamar el Holocausto. Veremos que la solución a dichos problemas pasa por buscar un equilibrio entre las recreaciones que presentan la realidad al desnudo (plegándose a la ética de la reproducción fiel y exacta) y las que la adornan para evitar que el lector colisioné de forma frontal con el horror y la maldad absolutos, sumándose de esta manera a la estética de la belleza que todo lo dulcifica (incluso aquello que, como el Holocausto, se opone por definición a la armonía y la apariencia agradable). Esto sucede así en el discurso original e, idealmente, también en el traducido, que, en vistas del material controvertido que reproduce, necesita plegarse a la teoría de la equivalencia absoluta con más fervencia incluso que en otros casos.

En el siguiente capítulo, pretendemos ver que, al margen de lo que cabría esperar, las (re)escrituras del Holocausto son, como la propia palabra indica, eso, (re)escrituras, (re)interpretaciones, (re)elaboraciones y están, como cualquier otra traducción, preñadas de contenido ideológico. Por medio de

ejemplos tomados de textos que hablan del genocidio nazi desde diferentes perspectivas (incluimos en el análisis *Auschwitz y después* de Charlotte Delbo, *El niño con el pijama de rayas* de John Boyne y *El chal* de Cynthia Ozick, entre otros), hemos puesto de manifiesto que el Holocausto existe como realidad enmarcada en una serie de contextos sociales y políticos muy diversos. Sus lecciones se utilizan para transmitir significados de validez a la hora de emprender una lectura del mundo posmoderno, pero también interesada, porque, aunque no nos guste admitirlo, a través de la traducción, el Holocausto se convierte en un constructo desde el que pensar y pensarnos como ciudadanos. A nosotros y a los que nos rodean. Nuestro papel en la tragedia y el del resto de estados y, claro está, esto encierra consecuencias políticas.

Finalizaremos el trabajo con una llamada de atención que pretende servir de recordatorio acerca de la complejidad del proceso traductor, en el que intervienen, sí, el traductor, pero no solo su persona. En ese sentido, hemos querido recordar que la forma (más histórica, más humana, más comercial, más victimista, más cruel, más fantástica, más partidista, según haya interesado) que ha ido adquiriendo el Holocausto se debe no solo a las intervenciones del traductor; el significado que se le atribuyen hoy en día a los hechos es el resultado asimismo de las intrusiones operadas por otros agentes que intervienen en el proceso de publicación: editores, mecenas y revisores, entre otros. Ellos también tienen la capacidad de moldear la Historia como veremos con el caso de la traducción que preparó Cranston de la primera versión inglesa de *Mein Kampf*, editada al gusto de Hitler. Éste y otros ejemplos ilustrarán, pues, que la traducción y, de forma singular la de los textos que (re)escriben el Holocausto, es un proceso circundado por muchos factores.